Su infancia y juventud

1. Primeros años

Nos situamos en Salamanca… Conocida en la literatura como la Roma castellana, donde se inició el Siglo de Oro de la cultura española con la creación de la primera gramática al castellano en 1492 por Antonio de Nebrija, la célebre *Gramática*.

Salamanca, enriquecida con la obra de Miguel de Unamuno y con la estancia de Miguel de Cervantes Saavedra, posiblemente alumno de su noble y célebre Universidad.

Salamanca… Cuna o lugar de residencia de varios compositores ilustres: Francisco de Salinas, Juan del Encina, Diego Pisador…

Y Salamanca… tierra que, por vez primera, veía esta niña: Mary, a quien conocemos y nos referiremos siempre como Madre Mercedes de Jesús.

El 29 de marzo de 1935 nacía alegrando nuevamente el corazón de sus padres: D. Ildefonso Egido Curto, natural de Calvarrasa de Abajo, Salamanca y Dª Carmen Izquierdo Olazarri, natural de Valladolid. Del matrimonio Egido – Izquierdo nacieron nueve hijos.

Fue bautizada en la Parroquia de Sancti Spiritus el 21 de abril de 1935. Sus padrinos fueron sus abuelos paternos D. Francisco Egido Santos y Dª María Curto Santos, ambos naturales de Calvarrasa de Abajo, Salamanca. Sus abuelos maternos fueron Don Juan Izquierdo Santos natural de Tordesillas, Valladolid y Dª Ángela Olazarri Laso natural de Ontaneda, Santander.

Iglesia del Sancti Spiritus donde fue bautizada Madre Mercedes

Toda su infancia transcurre en un ambiente profundamente cristiano y religioso que la atrajo fuertemente hacia las cosas de Dios, por lo que encontraba gusto en oír hablar de Él, a pesar de su corta edad. Su madre muy especialmente fue la que influyó en su espíritu, ya que la educaba cristianamente y en la reciedumbre de espíritu que había recibido de sus padres, en el amor a Dios y al prójimo. Hay que destacar el profundo amor a Jesús Sacramento, del que le hablaba con intenso fervor. Y así Madre Mercedes supo vivir esa "presencia" de Jesús en cada acontecimiento que fue tejiendo su vida.

De esta manera, a la luz de la fe, siendo apenas una niña, supo callar ante un suceso que… mejor leámoslo contado por ella misma:

> "*Uno de estos casos fue que me culparon de una cosa que no hacía en contra de la hermanita que últimamente había nacido: que me tomaba yo la leche condensada de la niña. Como callaba ante la acusación, mi madre la dio por cierta y comenzó a tratarme con mucha seriedad. Esto me causó mucho sufrimiento, pues la quería mucho y, al faltarme su cariño, humanamente fue como sentirme extraña en casa, sin consuelo por ninguna parte. Esto me hacía creer que estorbaba en el último rincón de la casa. No me atrevía a hacer nada. Pero a pesar de este intenso sufrimiento…, no sentí la necesidad de disculparme. Me refugiaba en Dios*

diciendo interiormente: "el día del Juicio se sabrá", y así quedaba consolada y contenta. Luego quiso el Señor que se descubriese la verdad viendo mi madre a los dos hermanitos mayores que yo meter su dedito en el bote de la leche a escondidas de ella. Hay que tener en cuenta que hacía poco que había terminado la guerra civil y los alimentos eran muy escasos".

Como podemos ver, Madre Mercedes cuando dejó escrita esta anécdota, seguidamente disculpaba la actuación de sus hermanos *"… Hay que tener en cuenta que hacía poco que había terminado la guerra civil y los alimentos eran muy escasos".* La gracia de Dios actuaba en su alma.

Así en este ambiente religioso y hogareño transcurrieron los primeros años de Madre Mercedes, aunque también ella y toda su familia tuvieron que vivir las consecuencias de la guerra.

Sus padres eran sastres y trabajaban en casa. Su madre tenía que ir entre balas a entregar la ropa confeccionada. En algunas ocasiones la llevaba a ella en brazos, entre los bombardeos, y más de una vez a oscuras, por irse la luz. Siempre creyó Madre Mercedes que fue una protección especial de Dios librarlas de tantos peligros.

Fueron años duros… en los que aprendió qué es sacrificio, dolor, hambre, sufrimiento, desprendimiento, pues le tocó vivir también los años de la posguerra, donde se carecía de alimentos sobre todo en las capitales. Salamanca, ciudad de raigambre tan profundamente cristiana, sembrada de Conventos y Monasterios que buscaban la tradicional sabiduría de su Universidad, fue muy castigada por los bombardeos de la dura contienda de 1936 - 1939, por lo que quedó, como casi toda España, en una situación muy precaria. Había que ir a los pueblos vecinos que abundaban más en alimentos, a cambiar aceite, jabón, etc., por comestibles, y el trayecto había que hacerlo a pie.

En esta situación, su madre logró internarla a ella y a otra hermana en un colegio de las Hijas de San Vicente de Paúl el 2 de febrero de 1943. Ella tenía siete años.

2. En el Colegio con las Hermanas de la Caridad

Febrero de 1943… una nueva Casa, unas Hermanas encendidas en caridad acogen a nuestra Madre Mercedes. Siempre las recordará con verdadero cariño y agradecimiento. Sin embargo, la separación de su madre, a la que quería apasionadamente le causó gran aflicción y echaba de menos su fuerza y gallardía, aquellas lecturas del libro *"Ante el altar"* que le leía y que Madre Mercedes llegó a repetir de memoria algún capítulo del mismo.

La primera noche que pasó sola fuera de su casa, las Hermanas la encontraron a la cabecera de la cama de su hermana Carmen, que dormía sin darse cuenta de su presencia, en otro dormitorio con las niñas de su edad. Allí pasó las horas de la noche con su ropita debajo del brazo, pero consolada por estar a su lado.

La Hermana de la Caridad, al entrar a las 7 de la mañana en el dormitorio para despertar a las niñas, se conmovió al verla, porque quien conoce Salamanca puede figurarse el frío que haría a esas horas y durante la noche en una sala tan amplia, sin ninguna calefacción, ni abrigo.

Los días pasaban y el Señor, como no se deja vencer en generosidad, la fortalecía internamente, y a pesar de su corta edad, iba madurando por el sufrimiento y por los dones que de Dios recibía; su porte equilibrado, su rica personalidad ya se esbozaba en su comportamiento, como lo constata este hecho:

"Era de noche, la Hermana había salido de la clase cuando a los pocos momentos se apagó la luz. Todas las niñas se alborotaron, empezaron a gritar y salir de los pupitres al centro del gran salón que era la clase. De pronto vino la luz, entró la Hermana y encontró a todas las niñas gritando, yo sola estaba sentada en el pupitre. No había sentido la necesidad de gritar ni de moverme, ni comprendía por qué las niñas se alborotaron, ni aun me pareció mal lo que habían hecho, simplemente que no lo entendía".

¿Qué fuerza superior interna movía sus actos en una edad tan infantil? ¡La de Dios, sólo la de Dios!

Un acontecimiento muy grande fue el de su Primera Comunión que hizo el 2 de mayo de 1943, a los ocho años. El día más feliz de cuantos había vivido hasta entonces. No durmió casi la noche anterior pensando en quién había de recibir Sacramentado al día siguiente. Su encuentro con Jesús fue sereno, lleno de gozo y su fervor se mantuvo posteriormente.

¡Cuánto agradecía al Señor el Colegio que le regaló, donde podía comulgar diariamente, donde el ambiente de piedad que se vivía en él le ayudó a estar o mantenerse unida a Jesús, donde estuvo libre de tantas ocasiones de pecar, donde pudo confesar con mucha frecuencia y con júbilo de su alma! ¡Qué feliz se sentía en la Capilla...! El amor a su Madre Inmaculada creció con fuerza y experimentaba su intercesión maternal, cómo es María.

También destacaba por su inteligencia, ya que por aquel entonces se avanzaba en el grado escolar a medida que el estudiante lo superaba. Así le sucedió a ella que, a los 11 años estaba en la clase de las niñas de 14. Y es que a Madre Mercedes en los ejercicios de redacción le ponían la máxima puntuación… Verdaderamente que el Señor ya iba preparando terreno…

Pero con este hecho las niñas se sentían afrentadas y crearon contra ella un ambiente hostil. Unas a otras se pasaban los trabajos que mejor hacían para copiarlos, y al fin lograron dejarla la quinta de la clase. Sentía que siempre y en toda ocasión la dejaban sola, y sufría al percibir por qué lo hacían. Era la primera experiencia en su vida de los efectos de la vanidad, envidia o ambición que llenó su alma de amargura al comprobar que existían entre las niñas, pero se sintió igual cuando quedó la quinta de la clase que cuando era la primera. Este suceso no logró sacarla de su estabilidad en Dios… ya que estaba tan acostumbrada a la bondad y amor del Señor, aunque, como en toda niña existían también sus travesuras.

Por un momento situémonos entre los pupitres de la fotografía y escuchemos lo que nos narra ella misma:

"Lo que no consiguió la gracia fue vencer mi terquedad, que la mantuve desde mi ingreso en el colegio hasta que salí de él. Fue el caso que, el mismo día que ingresamos, por la tarde, la Hermana Organista Sor María Mendizábal, tan buena, nos pidió a las dos hermanas que cantásemos. Lo hicimos juntas, pero después nos dijo que cantásemos por separado. Yo me negué a hacerlo, no sé si acobardada por la pena que entonces

tenía, de modo que la hermana me tuvo que dejar por imposible. Y eso mismo sucedió cuantas veces lo intentó, que fueron muchas, aunque yo ya estaba feliz y a pesar de que mi hermana había entrado a formar parte del Coro, al que obsequiaban y estimaban mucho, pero nada logró que yo cambiase. Alguna vez observé que la Hermana nos hacía cantar a toda la clase y se bajaba por una fila de pupitres separada de donde yo estaba, hasta el fondo de la misma, para acercarse despacito por detrás de la que yo ocupaba, para oírme, pero yo, en cuanto oía sus pasos, me callaba. Una vez me preguntó: '¿Por qué no cantas?' Mi respuesta siempre fue una sonrisa, pero me mantenía inflexible en mi decisión. ¿Sería esto una rebeldía, Dios mío? No lo sentía así dentro de mí entonces, pero sí era una cabezonería".

La frecuencia de los Sacramentos, el fervor de las Hermanas que se respiraba, sobre todo en la Capilla, junto con sus ejemplos, hicieron crecer la suavidad del espíritu de Dios en su corazón, haciéndola cada día más sensible a la vida interior que la llenaba de gozo.

Madre Mercedes recordaría siempre con cariño ejemplos como éste de las Hermanas de la Caridad:

"… En más de una ocasión, Sor María Mendizábal bajaba a nuestro comedor con una alegría infinita, a dar a la niña que celebraba su santo el pastel que ella debería haber tomado en la comida. Yo intuía que se había privado de él llevada del amor a Dios y a las niñas, por la unción interior y el gozo espiritual que transmitía que yo percibía claramente llenándome de edificación y gozo interior, pues en ello veía una resonancia de mi experiencia de Dios vivida tan perfecta y amorosamente por la Hermana, ya que, además, ella trataba de bajarlo como a escondidas. En aquellos tiempos, en los que las Hermanas se veían obligadas a darnos para comer algarrobas, por falta de otros alimentos, tomar un dulce después de las comidas era una excepción también para ellas, y cosa muy rara, que ella aprovechaba para llenar de alegría a la niña que se veía distinguida y regalada tan dulce y cariñosamente por la Hermana".

Ejemplos que ella más tarde daría a sus hijas Concepcionistas, privándose de gustos para saciar el hambre y sed de Dios y de alimentos, a cuantas personas llamaban a las puertas del Monasterio…

3. ¿Misionera?

A los ocho o nueve años, Madre Mercedes sintió la llamada a la vida religiosa. Pero es extraño. Su primer deseo, que permaneció hasta los quince, fue el de ser misionera. Quizá se deba esto a una explicación que estaba dando una de las Hermanas, Sor María Isabel, acerca de las misiones. Ella, entusiasmada por la explicación, exclamó:

"¡Yo seré misionera!"

Se lo tomó tan en serio que empezó a prepararse y cuando se terminaba la recreación de la noche, sin dejarse arrastrar por las niñas que, en el dormitorio continuaban jugando saltando de cama en cama, ella se acostaba rápidamente y comenzaba con viva ilusión a preparar sus pláticas, las que había de predicar a sus negritos. Así nos lo narra ella:

"¡Qué felicísima me sentía preparando estos sermones! Estaba deseando que llegase la hora de acostarnos para platicar conmigo misma. Ya entonces, la experiencia de mi vida deficiente, que me hacía considerarme muy pequeña al lado del conocimiento

que tenía del amor inmenso de Dios me hacía pensar así espontáneamente, ¿cómo tendré que pensar ahora, después de tantas rebeldías y pecados cometidos contra mi Dios, contra ese Dios tan adorable? ¡Cómo engrandecen y engrandecerán eternamente tus misericordias, Dios mío querido!"

Como vemos, Dios ya iba fecundando en su alma lo que ella daría a la Iglesia más tarde desde el monacato: atraer a los hombres al conocimiento y amor del Padre.

Con estos sentimientos hizo su Confirmación el 11 de mayo de 1946, en la Parroquia de Sancti Spiritus, Salamanca.

4. Trabajando en la sastrería

A la edad de once años Madre Mercedes salió del Colegio y dejó los estudios porque fue necesario trabajar en su casa. Era ya fin de curso. El motivo principal de sacarla del Colegio su padre fue el traslado de la familia a Madrid buscando el trabajo que escaseaba en Salamanca. Sin embargo su madre quería que hubiese permanecido en el Colegio hasta que se hubiera estabilizado la situación económica y el trabajo de la familia, cosa que se tardó en solucionar unos cuatro años, que fue cuando se pudo instalar la Sastrería en su casa. En esos cuatro años, con la vocación tan fuerte que sentía por las misiones, fácilmente, con la aprobación de su madre hubiera ingresado en la Congregación de las Hermanas, pues se la iban a llevar a estudiar el próximo curso con las "Maestrillas", un grupo de tres o cuatro jóvenes que se preparaban para el Magisterio.

Madre Mercedes en la sastrería de su padre

Pero los designios de Dios eran otros y, acompañados por su padre viajaron los tres hermanos a Madrid…

Algunas compañeras de Madre Mercedes trabajando en la sastrería de su padre

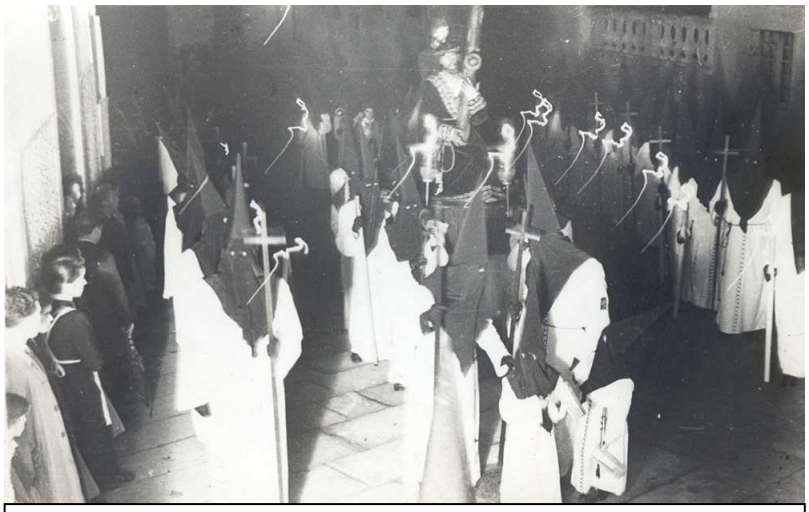
5. Los halagos del mundo y la voz de Dios…

Los primeros años de adolescencia, Madre Mercedes siguió frecuentando los Sacramentos gracias al fervor que traía del Colegio, a los ejemplos que le daba su madre y a la sangre de tantos mártires de la fe que hizo la guerra, sembrando en España nueva semilla de cristianos.

Sin embargo, a los trece años, empezó a enfriarse en la vida espiritual arrastrada por amigas, aficionándose al cine que, como escribiría ella años después *"esta loca afición por el cine fue ahogando en mí el impulso de la gracia divina y perdí el fervor, y me di a atender mis gustos antes que los de Dios…"*

Pero el Señor, como hace siempre con sus criaturas que se sirve de algo para que volvamos a él, la sacó del estado "árido" en que se encontraba por medio de unas misiones que predicaron los Padres Redentoristas en su Parroquia. Su gracia la tocó nuevamente y… misericordiosamente la sanó. Le tocó el corazón y volvió a él por medio de una confesión sincera… Se entregó de lleno a la penitencia. Por este camino la llevó el espíritu y el amor con fuerza, que no pudo detener, y así, estuvo tres días en pleno verano sin beber agua. Esta sed no secó su fervor, sino que lo acrecentó: *"¡Oh, Dios mío, a qué extremos tan constructores nos impulsa tu amor!, pues que tan felices nos hace y tan gozosamente nos abre al amor de los demás"*, nos diría más tarde Madre Mercedes…

En esta etapa de su primera conversión, se sentía atraída con fervor intenso hacia el Señor, la Virgen, los ángeles, los santos… Era una necesidad interior que sentía con fuerza. Acudía a los actos eucarísticos, al ejercicio del vía crucis, al rezo del santo Rosario en su Parroquia…



Madre Mercedes asistiendo a las procesiones

"Esta vida de piedad y amor divino, como hace siempre, dio a luz en mi espíritu tal júbilo y deseo de ayudar al hermano que lo necesitaba, que me tenía por dichosa poder hacerlo. No sé. Me parecía tan grande el hecho de ejercer la caridad, y el Señor me hacía desearlo tanto, que me parecía que yo no era digna de este don tan grande […] Esta vida de piedad y amor divino dio a luz en mi espíritu tal júbilo y deseo de ayudar al hermano que lo necesitaba, que me tenía por dichosa poder hacerlo. No sé. Me parecía tan grande el hecho de ejercer la caridad, y el Señor me hacía desearlo tanto, que me parecía que yo no era digna de este don tan grande". Escribiría más tarde a sus hijas Madre Mercedes.

6. En el Dispensario

En estos deseos de Dios y de entrega a los demás estaba Madre Mercedes cuando una vez su buena madre, estando en casa solas las tres hermanas, les preguntó:

"¿No queréis ser monja alguna?"

Las tres dijeron que sí.

El corazón de Dª Carmen saltaba de alegría, ya que había pedido al Señor al menos una hija monja… y Él le había concedido tres hijas con vocación.

Rápidamente comenzó a tratar el ingreso de sus hijas en los Monasterios. A ella la llevó a visitar al Padre Echarri, Claretiano. Este Padre la remitió a hablar con la Madre Provincial de las Misioneras Claretianas. Madre Mercedes iba con la intención de quedarse ya con ellas. Pero la Madre Provincial le propuso esperar un mes, pues el día antes se había marchado la Madre General con las aspirantes que había y no regresaría hasta el mes siguiente.

Durante el tiempo de espera se enteró de su vocación una Hermana de la Caridad, con las que ella se había educado, que trabajaba en un Dispensario cerca de su casa, y la invitó a irse con ellas. Madre Mercedes le dijo que quería ir a curar leprosos, y al asegurarse que también ellas tenían leproserías, como lo estaba deseando, decidió ingresar en su Congregación. Por indicación de la Hermana comenzó a trabajar en el Dispensario que ella dirigía, a fin de ir preparándose en lo que después sería su trabajo.

Un día oyó hablar a la Hermana con las enfermeras acerca de su vocación, y éstas, en contra de lo que la Hermana afirmaba, decían que Madre Mercedes tenía "madera" de monja de clausura…

Corría el año 1950 cuando sus hermanas Ángela (Sor Espíritu Santo) y Carmen (Sor Presentación) ingresaron en el Monasterio de Monjas Concepcionistas de La Puebla de Montalbán, Toledo. Madre Mercedes tenía 15 años y llevaba varios meses trabajando en el Dispensario con Sor Amparo. Esta Hermana la llevó a hablar con la Madre Provincial, pero al decirle que tenía que estudiar Magisterio, contrariada en su vocación, no volvió más por el Dispensario.

Entretanto llegó el día de la toma de hábito de la hermana mayor de Madre Mercedes. La ceremonia le gustó mucho. Cuando fueron al locutorio las monjas la invitaron a quedarse con ellas, pero ella, persistiendo aún en sus deseos de ser misionera, les dijo que no, que su vocación era ser misionera.

Durante la comida el director espiritual de su madre, que había presidido la ceremonia de toma de hábito, insistió en lo mismo, pero la respuesta fue siempre la misma: no. Ante su tenacidad le dijo que lo pensase mucho, que en la misión podrían llegar a martirizarla. Madre Mercedes en un arranque de fervor dijo:

"¡Pues eso es lo que yo quiero!"

Entonces el Padre le explicó que hasta llegar al martirio podrían antes hacerla apostatar de la fe a fuerza de tormentos, como había sucedido a otros misioneros. Esto le entristeció, porque no se veía superior a los demás. Y guardó silencio…

Más tarde, cuando volvieron al locutorio, le dijo de nuevo la Madre Maestra:

"Vente con nosotras, desde aquí puedes ser misionera".

Esta advertencia caló muy hondo en su corazón ya casi derrotado, y la dejó muy pensativa. No les dijo nada, guardó silencio y se despidieron.

Ella, reflexionando sobre esta frase, decía en su interior:

> *"Si lo importante es salvar almas, ¿no querría Dios que lo hiciese desde el Monasterio? (…) Pensé en la clausura y me gustó mucho el misterio que encierra. Me atraía fuertemente esa vida escondida a los aplausos y satisfacciones del mundo, inmolada totalmente, sin ninguna recompensa en esta vida que estimulase a la naturaleza humana, donde sólo se vive de fe con Dios sólo. La vi grande, muy grande para mi pequeñez, pero muy capaz para cumplir mis deseos de salvar almas. Y decidí ingresar en ella".*

Cuando volvió a los dos meses a la toma de hábito de la otra hermana les dijo a las monjas que había decidido ser monja de clausura, Concepcionista, y la Madre Abadesa le dijo que antes de ingresar estudiase música y mecanografía. Estudió su primer año de solfeo pero no supo soportar la demora y se enfrió en su vocación. Acababa de cumplir 16 años…

7. La actuación de Dios

Por este tiempo la gente no dejaba de halagarla haciéndole ver los dones de naturaleza que Dios le había dado. Comenzó a creerlo y dio oídos a la sirena halagadora del mundo cayendo, una vez más en sus redes. Centró toda su vanidad en su cuerpo. Y llegó a tanto que todos los espejos le parecían pocos para contemplarse, sirviéndose para tal efecto del cuadro del Corazón de Jesús que ella había adornado con flores con mucho sacrificio y más amor hacía sólo tres años. Ahora lo empleaba desde donde estaba colgado, sirviéndose de su cristal, para acrecentar su vanidad.

> *"¿Cómo me mirarían esos ojos dulcísimos que tan bien representaba el cuadro? –* diría más tarde *– Alguna vez se cruzó su mirada con la mía y sentí vergüenza y remordimiento de conciencia. Parecía que me miraba de verdad. ¡Qué ojos! ¡Cómo los recuerdo!... No bastó esa mirada especial de Jesús para hacerme despertar y ver el peligro en que estaba, y continué con mis vanidades…"*

Pero el Señor se sirvió de su madre para velar por su vocación y viendo el peligro que corría su hija, para evitarlo la encerró en casa. No podía salir sino con ella o con alguna joven de las que trabajaban en el taller. Esto lo llevó muy mal, pues que no salía a la calle más que para ir a Misa.

Algunas amigas de Madre Mercedes

Las monjas por su parte no dejaban de escribirle recordándole su vocación y el peligro en que la ponía. Ella les escribió diciendo, quizá algo avergonzada, que ya vestía el hábito seglar de la Inmaculada, como para tranquilizarlas; y era verdad, *"pero tan elegantemente confeccionado que nadie pensaba que lo era"*.

Un día que se había enfadado fuertemente con su madre por no dejarla salir a la calle, en un exceso de ira le dijo que ya no aguantaba más, que en octubre de ese mismo año se marcharía de casa.

Eran los primeros meses del año 1953, y lo dijo sabiendo ciertamente que así sería, aunque el motivo fue muy distinto del que ella pensaba. En octubre ingresaría por fin en el Monasterio. ¡Dentro de ella había Alguien que suave y fuertemente conducía su vida, a pesar de su rebeldía!

Pero hasta este entonces, fueron necesarios aún acontecimientos de los que se sirvió el Señor para ablandar su corazón y actuar, como fue la muerte repentina de su padre, el 12 de abril de 1953.

Madre Mercedes a pesar de este fuerte golpe no se rindió, aunque bien es verdad que se sintió culpable de la muerte de su padre por no haber respondido a la "llamada" de Dios.

Las Monjas Concepcionistas de La Puebla de Montalbán, donde estaban sus dos hermanas, las invitaron a su madre y a ella a pasar unos días allí para consolarlas de la muerte repentina de D. Ildefonso. Este viaje lo realizaron en el mes de agosto.

Por fin llegaron al Monasterio, y después de saludarse, la Madre Abadesa le preguntó:

"¿Cuándo vas a ingresar en el Monasterio?"

Ella, sin saber por dónde salir, ni qué hacer, le dijo que no la dejaba su madre…

Pero cuando terminó de hablar se dio cuenta de que había dicho una mentira y arrancó a llorar amargamente. Las monjas, interpretando sus lágrimas como corroboración de lo que había dicho, miraron a Dª Carmen, y ella respondió:

"Por mí pueden poner la fecha que quieran".

La Madre Abadesa fijó el día para el 4 de octubre. La generosidad y heroísmo de su madre la dejó cortada y aceptó el ingreso en el Monasterio.

> *"¡Oh, mujer heroica, que a pesar de su viudez y de que había quedado afectada su salud por la impresión de la muerte tan repentina de mi padre, hasta el punto de haberme advertido el médico que podía encontrármela muerta en cualquier momento; sabiendo además que quedaba sola en casa, pues de los dos hijos que tenía el mayor se casaba ya, y el menor se había marchado a hacer el Servicio militar estando mi padre de cuerpo presente, Servicio que entonces se prolongaba unos dos años y que le tocó hacer en Oviedo; sabiendo todo esto, y que mis cuidados eran los que la mantenían en pie cuando la enfermedad se acentuaba, miró sólo mi bien espiritual y no dudó en separarse de mí. Al contrario, manifestó que su mayor deseo era que yo ingresase en el Monasterio! ¡Oh, grandeza de alma! ¡Oh generosidad admirable, de la que se sirvió el Señor para que yo empeñase mi palabra de ingresar en el Monasterio! Dios me había ganado por donde él sabía que vencería, que por nada ni nadie me volvería atrás".*
>
> *"[…] ¡Cuánto me has sufrido, Señor! ¡Pero, a pesar de todo permaneciste fiel en tu don irrevocable cual era mi vocación, y... seguiste llamándome con un amor y una paciencia infinita! ¿Qué veías en mí que no fuera rebeldía contra ti, Dios mío? En cambio, tú para mí fuiste ternura, misericordia, perdón siempre. ¡Oh, amor, amor, el más grande, fiel y misericordioso, perdón para esta gran pecadora, Dios mío! ¡Perdón!"*

Así quedó rendida de este modo al querer de Dios, pero… no tan rendida.

8. A las puertas del Monasterio de La Puebla de Montalbán

En casa, en el momento de partir, no motivada por el deseo de entregarse al Señor, sino por la palabra que había dado, al pensar que no volvería a pisar la habitación en que estaba, corrió por su cuerpo un sentimiento de abatimiento tal, que las fuerzas se le escapaban por todos los poros y las rodillas, al quedarse sin fuerzas, se le doblaron. Para evitar caerse, se reanimó inmediatamente pensando que volvería pronto, como cuando iba a ver a sus hermanas al Monasterio.

Así salió de casa, con esta disposición, acompañada en el viaje por su madre querida y su hermano mayor, Francisco José, enemigo de que se hiciese monja. Con sus consejos contrarios a su vocación llegó a pensar, incluso, en la salida del Monasterio, abrigando la esperanza de enfermar para poder salir con motivos razonables. Su hermano no dejaba de repetirle:

"¡Vuélvete, que aún estás a tiempo!"

Ella, hasta momentos antes de ingresar le dijo con cierto convencimiento confuso:

"No te preocupes, dentro de dos meses estoy fuera".

En este estado de apatía entró en el Monasterio.

Entró como una vencida, sin saber lo que iba a suceder...